LA SOMBRA

María Sánchez Miaja

LA SOMBRA

María Sánchez Miaja

avant
editorial

Primera edición, febrero de 2021
© María Sánchez Miaja, 2021

Maquetación
David de la Puente
Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-18844-67-6
IBIC: FJH

A todas las familias que fueron rotas impunemente por un régimen que se levantó contra un Gobierno elegido democráticamente en las urnas.
La Constitución española que, en su artículo 14 dice: «Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquier otra condición o circunstancia personal o social».
Después de mi último libro, me impusieron, por parte de José Antonio Alarcón, director de la Biblioteca Pública del Estado EL ESCUDO DE LA BIBLIOTECA, galardón que tenemos muy pocas personas en nuestra ciudad.

Ceuta, 6 de agosto de 2021



Hospicio de Sevilla, años 40.

PRÓLOGO

Del catorce de abril de 1931 al dieciocho de julio de 1936, en España se respiraba «un clima muy convulso», el 28 de junio de 1931, se celebran elecciones generales que da el triunfo a la conjunción Republicano-Socialista. En diciembre de ese mismo año se aprueba una Constitución muy avanzada para la época. En noviembre de 1933, de nuevo se celebran elecciones generales, el triunfo es para la Confederación Española de derechas autónomas (CEDA) y poco más de dos años después, 16 de febrero de 1936, vuelve a ver de nuevo elecciones generales que es ganada por el Frente Popular, coalición formada en enero de ese mismo año por los principales partidos de izquierda.

El Frente Popular no formó grupo parlamentario sino que se articuló en diversas minorías parlamentarias correspondientes a cada uno de sus integrantes, ni formó gobierno como tal, ya que este estuvo compuesto, hasta bien entrada la Guerra Civil, únicamente por partidos republicanos, bajo la presidencia, sucesivamente, de Manuel Azaña (que dejó la presidencia del Consejo para hacerse cargo de la Presidencia de la República en mayo de 1936), Santiago Casares Quiroga y José Giral. Más tarde, con la constitución del primer gobierno de Largo Caballero, y hasta el final de la Guerra, los gobiernos de la república estuvieron integrados por representantes de los principales partidos del Frente Popular y del *Front desquerrás*, así como, en diversos periodos, de la

Confederación Nacional del Trabajo (CNT), y del Partido Nacionalista Vasco (PNV).

La situación cada vez más tensa que se vive en el campo y en las ciudades se refleja en las discusiones de las cortes, centradas sobre todo en el orden público. El teniente Castillo es asesinado por grupos armados de la derecha el día 12 de julio, y al día siguiente Calvo Sotelo por grupos armados de la izquierda. Finalmente, la sublevación militar estalla en Marruecos los días 17 y 18 de julio de 1936, extendiéndose a la península. Su fracaso da lugar a la Guerra Civil, que se prolonga hasta marzo de 1939.

Diferentes investigaciones han demostrado que mucho de los desmanes producidos en el campo, como incendios de sembrados, aperos de labranza, apaleamiento de algunos aparceros eran preparadas por la extrema derecha para incitar el levantamiento del pueblo.

Marruecos era protectorado español: desde Castillejos hasta Larache y desde Melilla hasta la frontera con el Marruecos francés. La ciudad de Tánger se consideró ciudad internacional, en ella no gobernaba España, ni Francia. La capital del protectorado español era Tetuán y en ella estaban concentrados un gran número de militares, además tenía el aeropuerto militar de Sania Ramel.

Con todas las fuerzas militares que estaban destinadas en el protectorado español y un inmenso número de fuerzas indígenas «voluntarias» que los mandos consiguieron captar, con promesas de riqueza y poder, comenzó la Guerra Civil de 1936/39.

Con este clima llega la sublevación a Ceuta en la madrugada del 18 de julio y en pocas horas son detenidos una gran mayoría de personas relevantes de la izquierda ceutí.

I

Tomás es un joven fuerte, curtido por el mar, aunque solo tiene veintiocho años, es rubio, pero su piel tiene un moreno dorado, debido a tantos años pasados al sol. Sus ojos son de un azul intenso, mide un metro noventa, pero a pesar de su altura su cuerpo es erguido.

Es un hombre totalmente solidario con las personas más desfavorecidas y es de los que piensan que España necesitaría una república.

Ana es una joven de veintiséis años, es alta, mide un metro sesenta, sus ojos son almendrados, su cabello color tabaco; de niña fue rubia, pero con los años se le fue obscureciendo. Su cuerpo es delgado a pesar de haber tenido cinco hijos y su cara demuestra la felicidad que siente junto a su familia, es alegre. Nunca ha salido de su Tarifa natal, había trabajado de niñera, desde que tenía diez años, en un cortijo de las afueras de su pueblo con una familia de arraigo andaluz que, siempre la trataron muy bien.

Tenía dieciocho años cuando conoció a Tomas y estuvieron dos años de relaciones, en ese tiempo él trabajó mucho para conseguir el dinero necesario para comprar una traíña[1] pequeña y faenar por su cuenta.

Cuando en España se instauró la república, Tomás y Ana llevaban seis años casados y tenían cuatro hijos. El mayor era Diego, que tenía cinco años, la segunda era Isabelita, con cuatro, Serafín con tres,

1 Barco de pesca.

Salvadora con dos. Antonio nació en 1935 y la sexta sería María del Carmen que nació unos meses después del alzamiento.

Tomás había sido una de las personas que más había trabajado en aquellas elecciones por conseguir el triunfo de la república, vivían en Ceuta, aunque toda su familia se encontraba en Tarifa, pueblo marinero por excelencia, donde él había aprendido de su padre el oficio.

Se fueron a vivir a Ceuta, porque eran muchos los compañeros y él mismo que viajaban a Ceuta con el barco a repostar gasolina, hielo para mantener el pescado fresco y algunos víveres, por ser mucho más barato que en el resto del país En aquellos años no existían las cámaras frigoríficas para barcos de bajura, solo tenían cajas de madera con aberturas, para que saliese el agua, según el hielo se iba descongelando.

Había hablado mucho con pescadores de Ceuta y estos le habían comentado que la vida en la ciudad era bastante más barata, que el combustible abarataba muchísimo los costes y que la mayor parte de la pesca se vendían en la lonja de Ceuta, lo que conllevaba el ahorro que esto suponía.

Siempre que su trabajo se lo permitía acudía a las reuniones del partido anarquista, al que estaba afiliado, primero en la clandestinidad y más tarde cuando los partidos políticos fueron legalizados.

El 1 de mayo de 1931 organizaron un acto en el teatro Cervantes de reafirmación anarquista, en la mesa presidencial estaban los más destacados anarcosindicalistas de la ciudad., entre otros Ana Mesa.

Al citado acto acudió Tomás, ese día no salieron a pescar la mayoría de los barcos, ya que era la Fiesta del Trabajador, por excelencia.

A pesar de la libertad que respiraba la república, las familias de todos los comprometidos con la política tenían mucho miedo, ya que pensaban que algunos militares no se conformarían con haber perdido una gran parte de su poder y procurarían recuperarlo con «el ruido de sables». Por eso Ana siempre le reprochaba a Tomás que se involucrara tanto, a lo que él siempre le respondía:

—Mujer olvídate de otros tiempos, ahora quien manda es el pueblo y luchamos por conseguir los derechos que llevan siglos arrebatándonos.

Ana callaba, pero continuaba teniendo cierto temor, ya que no las tenía todas consigo.

Tomás se reunió en la sede de la CNT, en el barrio de Hadú, con varios compañeros afiliados a este sindicato en la tarde del 17 de julio, había rumores de la rebelión en Marruecos.

Ana no volvió a ver a su marido. No sabía si estaba vivo o muerto, se encontraba desamparada con cinco hijos y embarazada.

Sin dinero, sin familia y sin saber dónde se encontraba su marido, Ana comenzó a buscar trabajo de lavandera, al contar su situación hubo algunas familias que se sensibilizaron con su problema y se lo dieron. Todos los días salía de lavar en dos o tres casas, al volver a la suya, continuaba lavando ropa que algunos soldados le llevaban una vez en semana y le pagaban como podían, algunos le llevaban pan del cuartel, otra chacina que le enviaban de casa, era muy respetada por la situación que vivía.

Los hijos mayores, Diego, Isabel, Serafín y Salvadora comían en el comedor escolar todos los días, pero, algunos no los enviaba, por miedo a que hubiese algún bombardeo y les ocurriera algo.

Vivian en una barraca en la zona marítima de la Almadraba y el pequeño barquito con el que Tomás salía a pescar se encontraba varado en la playa.

Después de casi dos meses sin noticias de Tomás, un día llegó un compañero de su marido y le dijo:

—Ana buenos días, vengo hablar contigo.

—¿Conmigo, de qué? ¿Sabes algo de mi marido?

—¡No, ojalá pudiera darte noticias de él! Es un misterio nadie sabe nada. ¿Tú has ido a la policía a ver si está gente lo ha metido preso?

—¡Preso! —preguntó Ana—. ¿Por qué? Mi marido es un buen hombre, trabajador y jamás se ha metido en líos.

—¡Ya lo sé! —respondió muy nervioso el hombre que, se llamaba Juan—, pero él ha destacado mucho en política y como están las cosas, no me extrañaría nada. Han detenido a otros muchos por haber ido a la manifestación del Uno de Mayo.

Aunque Ana llevaba casi seis años viviendo en Ceuta, apenas tenía amistades, era lo que entonces se llamaba «una mujer de su casa». Su vida era atender a sus hijos y a su esposo. Con cinco niños pequeños y su marido, le faltaban horas para llevarlo todo.

Alguna que otra vez, al ir a comprar a la tienda se encontraba con alguna vecina y hablaban durante unos minutos de cómo estaba el tiempo, si el levante duraría mucho, ya que los barcos no podían salir a pescar, si algún niño había estado con fiebre y poco más.

Juan venía hacerle una proposición, por eso fue muy claro:

—Mira Ana, el barco lleva más de un mes varado, si sigue así en un par de meses y con el calor del verano se va agrietar todo y cuando vuelva Tomás no va a servir para nada.

—¿Qué quieres que haga, mi hijo mayor, aún no tiene once años y no conozco a nadie que nos pueda ayudar? Nuestra familia está toda en Tarifa, me han escrito diciéndome que nos vayamos los niños y yo, pero no lo voy hacer, quiero que cuando vuelva mi marido nos encuentre a todos en casa.

—Haces muy bien —le respondió Juan—, cuando Tomás pueda venir lo hará a su casa. Bueno voy a proponerte algo, si te parece bien.

—¿Tú dirás?

—Mira la pesca está, ahora mismo, en buena época, he pensado que, si tú me das permiso, yo podría salir a pescar y las ganancias las repartiríamos entre los dos.

—Mira yo soy una mujer que apenas sé leer y escribir, pero sé que, si pongo el barco, dos partes serían para mí y una para ti. No quieras aprovecharte de las circunstancias, porque empezamos mal.

Juan se llevó una gran sorpresa, no esperaba aquella respuesta, era un buen hombre, pero también tenía dos hijos.

—Perdona Ana, no he querido engañarte, pero el que va a trabajar soy yo y me parece lo justo.

—Tú vas a trabajar y yo pongo la herramienta para hacerlo.

—¡Vale, vale lo haremos como tú quieres!

—¡Cómo yo quiero no, como debe de ser!

A partir de aquel día las cosas cambiaron, Juan salía a pescar y después de vender el pescado llevaba el producto de la venta a casa de Ana y hacían con ello tres partes, dos para ella y una para Juan.

Ana siempre le daba un poco más de lo que le correspondía y él le daba las gracias. Ambos estaban contentos, pero, casi todas las semanas había que reponer algo del barco, de las redes, los palangres, etc.

Cuando llegó el otoño, uno de los días que Juan fue hacer la repartición de las ganancias, sacó un nuevo tema:

—Mira Ana, estoy saliendo seis días a la semana, descanso uno, para que también descanse el barco, es mucho trabajo y he pensado en coger a un niño que me eche una mano. ¿Qué te parece?

—¿Eso que significaría?

—Tendríamos que darle un cuarto de parte de lo recaudado.

—Si lo crees necesario, lo haremos así. ¿Tienes ya pensado en alguien?

—No, pero lo encontraremos pronto.

Diego estaba sentado a la mesa y mirando a su madre dijo:

—¿Puedo servir yo?

—¿Tú? —preguntó su madre—. Eres demasiado pequeño para salir a pescar. Tú debes de seguir en el colegio.

—Mamá de papá no sabemos nada, muchos de los niños me dicen: Que a mi padre o lo han fusilado o está preso. Yo ya sé leer y escribir y de aritmética voy bastante bien. ¡Ahora es hora de «arrimar el hombro»! ¿Usted que dice señor Juan?

—Yo con tu edad ya llevaba un año yendo «a la mar» con mi padre, pero tú tienes que obedecer a tu madre.

—Bueno —dijo Ana—, mañana cuando vengas al reparto te diré.

Juan se marchó, Ana y Diego se quedaron en silencio, al fin el niño dijo:

—Mamá, el barco es nuestro y yo quiero estar al tanto de lo que Juan vende y de lo que cobra. ¿Quién te dice que no te está engañando?

—¡Hijo no me gusta que seas mal pensado, no tengo motivos para pensar mal de él!

—Si mamá, pero papá ha dicho muchas veces que «el ojo del amo engorda al caballo ».

Ana esbozó una sonrisa, se estaba dando cuenta de que su hijo en estos tres meses había madurado y mucho.

Cuando Juan volvió, al día siguiente, Ana ya había tomado una decisión, por eso cuando partieron las ganancias le comentó:

—Juan. Al final mi hijo me ha convencido, a partir de mañana saldrá a pescar contigo. Por favor ten paciencia con él, tendrás que enseñarle, la primera semana irá sin cobrar, hasta que aprenda.

—¡Vale, vale, como tú digas!

A partir de aquel día Diego estaba preparado a las doce de la noche y salía a pescar con Juan y volvía después de hecha la venta. Entonces se lavaba y dormía hasta las cinco o seis de la tarde, comía e iba con Juan a repostar gasolina y a comprar hielo a la fábrica del muelle de la Puntilla.

Después de la primera semana, fue Juan quien le dijo a Ana:

—Ana ya puedes hacer parte para el niño, aprende rápido y es muy responsable, no se ha dormido ni una sola noche.

Así comenzó Diego el hijo de Ana y Tomás su andadura marinera. Su madre aún no lo sabía, pero en unos pocos años sería la salvación de sus hermanos y hermanas.

II

Los meses pasaban y nadie daba a Ana señales de Tomás, preguntaba en la comisaría de policía y la respuesta siempre fue la misma:

—¡Señora por aquí no venga, ojalá supiéramos dónde está su marido!

Cuando ella se iba, la conversación entre los policías era, casi siempre, la misma:

—¡Este «rojo de mierda» está teniendo mucha suerte! Seguro que se metió en Tánger escondido en algún «barquillo», me consta que al principio lo hicieron unos pocos.

—¡Pobre mujer con cinco hijos y embarazada de otro! El tío no perdía el tiempo, ella es muy joven, pero tengo entendido que él le lleva unos pocos de años.

—¡Algún día tendrá que volver, cuando todo esto termine, y entonces le cogeremos!

Sin haber bajado la guardia, la vigilancia costera se relajó un poco, pensaban que ya no quedaba nadie escondido.

Así fueron pasando los meses, Ana estaba a punto de dar a luz y Juan iba todos los días al reparto de la ganancia con la pesca. Varias veces alguna vecina le dijo a Ana:

—¡Oye, Juan viene todos los días a tu casa! ¿Qué tal se porta?

Ana se puso roja como «la grana» la pregunta era maliciosa y ella tenía que saldarla de raíz, por eso respondió:

—Juan trabaja para mí, en ausencia de mi marido, va a pescar todas las noches con nuestro barco y le acompaña mi hijo Diego.

—¿Y su mujer qué opina de que vaya todos los días a tu casa?

—¡Mira! Yo no tengo tiempo de conversación, tengo cinco hijos y como veis embarazada y a punto de dar a luz. ¿Por qué no le preguntas a ella?

Ana se metió en su casa y dio un portazo.

Se sentía muy mal, nunca había pensado en que hubiese comentarios sobre las visitas, de trabajo, que le hacía Juan a diario. Con ella estaba siempre su hijo y Juan no se tomaba en su casa ni un café, terminaban el reparto y el hombre se marchaba. Jamás hizo el menor intento de tomarse alguna confianza y ella lo consideraba una persona que trabajaba para ellos.

Al día siguiente cuando Juan y Diego llegaron con la recaudación de la venta del pescado, Ana planteó la situación con mucha seriedad y tacto:

—Juan usted me va a perdonar, pero a partir de mañana usted hace las cuentas con mi hijo y él que me traiga lo que nos corresponde, lo pueden hacer en el barco, en alguno de los bares que hay alrededor de la Lonja, o donde mejor le parezca. Hoy he tenido un encuentro con dos vecinas y me han hecho preguntas muy desagradables, lo mejor para usted y para mí es que no seamos motivo, injustificado, de murmuraciones.

—¿Se han atrevido a dirigirse a usted? ¡Esto ya pasa de «castaño oscuro»! Como no han podido con mi mujer ahora se «enredan» con usted, esto lo voy arreglar yo.

—No Juan ¡por favor! «Cuanto más se menea el potaje más se enreda». Dejemos las cosas como están, usted hace lo que le he dicho. ¿Cómo si lo quiere hacer en su casa? Eso no quita de que cuando me

tenga que comentar cosas del barco o de alguna otra cosa venga y lo hablamos, pero por favor no se sienta mal, es por evitar habladurías.

—No se preocupe, se lo voy a contar a mi mujer y ella sabrá «ponerlas finas». María es muy prudente, pero cuando la buscan la encuentran. Hace unos días me dijo que hablara con usted para que supiera que van murmurando esas «cotorras» pero me daba vergüenza y no lo hice, ahora me arrepiento. También me ha dicho varias veces que cuando se ponga de parto, o si necesita algo: ¡no dude en enviar a Diego o a otro cualquiera de sus hijos avisarla, vendrá enseguida!

—Muchas gracias Juan y dele las gracias de mi parte a su mujer, no sé cómo me las voy arreglar cuando dé a luz.

—Por eso no se preocupe, durante unos días mi mujer los atenderá a usted y a los niños y ahora me voy, ya he estado hoy más de la cuenta y estas «vecindonas» estarán pendiente del tiempo que estoy en su casa.

—De nuevo muchas gracias Juan. ¿No sé qué sería de nosotros sin su ayuda? Dele las gracias a su mujer, salgo tan poco que es muy raro que la vea, pero dígale que venga a tomar café cuando quiera.

A partir de aquel día el «reparto» se hacía en casa de Juan y Diego le llevaba la recaudación a su madre.

Pasaron los meses y llegó diciembre, los barcos estuvieron varios días sin salir a pescar, gracias a que Ana había sido precavida y solo gastaba una de las partes que le correspondía, el resto lo guardaba. Compraba ropa necesaria para sus hijas y alguna cosita para que la estrenara el bebé. De ese modo pudo atender las necesidades de su casa, mandó a Diego a casa de Juan con unas pesetas que mitigara la necesidad de un sueldo.

La mujer de Juan le envió recado con Diego, que iría al día siguiente, por la tarde, a tomar café con ella. ¿Si le venía bien? Ana se sintió encantada, al menos durante un rato saldría de la rutina.

¿Nos podemos imaginar la vida de Ana cuidando de cinco hijos, embarazada, sin ningún tipo de distracción, en una casa más bien pequeña y sin comodidades? ¡Hoy sería impensable! Así era la vida,

cuando hacía mal tiempo de viento y lluvias ponía una manta vieja en el suelo, encendía un brasero y jugaba con ellos a los chinos, a la Oca, les contaba cuentos inventados, les hablaba de sus abuelas y tías y así pasaban la tarde. La hora de acostarse no era más allá de las ocho de la tarde —hay que tener en cuenta que las diez de la noche de hoy, eran las ocho de la tarde de entonces— se levantaban a las ocho de la mañana, los mayorcitos, y entraban al colegio a las nueve.

Durante la Guerra Civil hubo colegio, pero también muchos cambios, un gran número de maestros y maestras fueron represaliados y una gran parte de ellos juzgados y fusilados, entonces tuvieron que tirar de personas con un cierto nivel de cultura, adeptos al «régimen» para que cubrieran muchas de las plazas que habían quedado desiertas.

Ana tenía mucho miedo de enviar a los niños al colegio, además, Diego ya no iba, trabajaba con el barco, Isabel tenía nueve años y el colegio no le gustaba, apenas sabía leer y escribir y muchos días se quedaba ayudando a su madre, que ya no podía hacer ciertas cosas, debido a su avanzado estado de gestación. Serafín tenía ocho años y Salvadora siete, eran los que iban casi a diario. Antonio tenía año y medio y con esa edad, no iban al colegio.

Un día después de comer sintió una punzada muy fuerte en el bajo vientre y con cinco hijos en el mundo, enseguida comprendió que estaba de parto, mandó a Isabel a casa de Juan y vinieron enseguida, la niña y María que le comentó:

—¡Ana esto es parto y con «el camino que tú tienes hecho» no tardará en llegar la criatura! Deberíamos de avisar a Carmen la partera.

—¿Carmen la partera? ¿Esa mujer quién es, es comadrona?

—No cariño es la que nos atiende a todas las vecinas, aquí no hay dinero para pagar a una comadrona, tú si lo tienes, deberías guardarlo por lo que pueda suceder. A Carmen con un «ranchito de pescao» la tienes pagada y sabe más que muchas comadronas.

—¡Vale, tú sabrás más que yo! Mándale llamar y vamos a poner agua a calentar, tengo una olla muy grande que he utilizado en los partos de mis hijos, está en la parte alta de la cocina. Ven conmigo.

Las dos mujeres pusieron la olla al fuego y Ana sacó varias toallas y una sábana grande. Todo lo tenía preparado para ese momento.

Las contracciones eran cada vez más seguidas, ya no aguantaba los tres minutos, por lo que María le dijo:

—Ana metete en la cama, que como tarde mucho Carmen el bebé se te cae.

—Sí, tienes razón, me voy a tumbar en la cama, pero primero voy a poner la sábana en varios dobleces para no manchar el colchón.

Se metió en el retrete con una garrafa de agua, se aseó y salió con el camisón puesto. Al salir le volvió a dar una contracción y tuvo que ayudarle María a tumbarse en la cama. Le pidió que abriese las piernas y el bebé estaba coronando, por lo que dijo:

—¡Ana yo no he atendido nunca a una parturienta, pero creo que hoy será la primera vez!

—¡No lo puedo aguantar, me están entrando ganas de hacer de cuerpo y me obliga a empujar!

—¡No te aguantes y empuja! ¡Carmen tiene que estar al llegar, así que te pongo al crio sobre ti y cuando ella llegue que os arregle a los dos!

En la siguiente contracción la niña salió al mismo tiempo que llamaban a la puerta. Carmen oyó el primer llanto de la pequeña y se apresuró a entrar, lavarse las manos con alcohol y atender a ambas.

Era una niña blanquita, con ojos azules y una pelusilla rubia en la cabeza. Carmen había traído una romana, después de haberla bañado la puso en una toalla y la pesó, de sus labios salió una exclamación: ¡tres mil ochocientos kilogramos, ha nacido criada!

«Arregló a la madre», ayudó a María a recoger todo lo que conlleva un parto y pidió un café. Según estaba tomándoselo, preguntó:

—¿Niña tu marido dónde está?

Ana y María se miraron y la segunda respondió:

—Ana, Carmen es de confianza, también tiene a un hijo que no sabe dónde está. Cuéntale la verdad.

Ana permaneció un instante en silencio y respondió:

—¡Eso quisiera saber yo! Desde el diecisiete de julio por la noche que fue a reunirse con sus compañeros, no sé nada de él. He ido muchas veces a la policía, por si lo habían cogido preso, pero me han dicho que no vuelva a ir, que eso quisieran saber ellos. ¿Dónde está?

—Bueno, si es verdad que ellos no saben dónde está, es una buena noticia, será señal de que no lo han cogido, igual se ha ido en algún barquillo a Tánger, lo están haciendo muchos.

—Me da una gran alegría, yo pensaba que lo habían cogido y estaría muerto.

—¡No hija, no pienses eso! Esto se terminará algún día y todos volverán. ¡Bueno cambiemos de tema! Tú hoy tienes que estar contenta, tienes una niña preciosa y no debes sofocarte que «por la leche la va el sofocón a tu niña». ¿Cómo le vas a llamar?

Ana se quedó pensativa y al cabo de unos segundos respondió:

—Todavía no lo sé, teníamos pensado que si era niño se llamaría Tomás, como su padre, pero ahora lo decidiremos los niños y yo.

—Me parece muy bien, tienes que «apuntarla en el juzgao» no puedes dejarlo mucho tiempo.

—¿Cómo la voy apuntar si exigen que vaya el padre y no sé dónde está?

—Por eso no te preocupes —le respondió Carmen—. ¿Tienes algún documento que acredite que tu marido y tú estáis casados?

—¡Claro! —exclamó Ana—. Tengo el libro de familia.

—Pues no te preocupes, Juan puede hacerse pasar por tu marido y «apuntar a la niña»[2] ya lo hemos hecho otras veces, cuando el padre ha estado pescando en los caladeros.

María intervino:

2 Los recién nacidos debía ser el padre quien con el libro de familia inscribía en el juzgado su nacimiento, pero entonces, el libro de familia no llevaba fotografías.